



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
elc@comunicaciones.udea.net.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Jaramillo Monsalve, Oscar Eliécer
Lejos del nido: entre el discurso hegémónico y la tradición literaria
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 35, julio-diciembre, 2014, pp. 25-45
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498351543003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

*Lejos del nido: entre el discurso hegémónico y la tradición literaria**

Lejos del nido: Between Hegemonic Discourse and the Literary Tradition

Oscar Eliécer Jaramillo Monsalve

jaramillo.comunicador@gmail.com

Universidad de Antioquia-Universidad Católica de Oriente, Colombia

Recibido: 15 de febrero de 2014. Aprobado: 17 de marzo de 2014

Resumen: el discurso hegémónico y la tradición literaria se ven plenamente reflejados en la novela *Lejos del nido*, del escritor antioqueño Juan José Botero Ruiz (Rionegro, 1840-1926) mediante la posición clasista, racista y moralizadora asumida por el narrador en la obra. La historia narrada y las posiciones que se anotan permiten la discusión y el análisis sobre el origen de ese discurso y el fortalecimiento de la tradición en la literatura nacional, así como el estudio del modelo de pensamiento reinante en la época en que se inscribe la novela: mediados del siglo XIX y principios del XX.

Palabras claves: Botero, Juan José; *Lejos del nido*; discurso hegémónico; tradición literaria.

Abstract: Hegemonic discourse and literary tradition are seen fully reflected in the novel *Lejos del nido* by Juan José Botero Ruiz (Rionegro, Antioquia, 1840-1926) through the classist, racist, and moralizing position assumed by the narrator. The related story and the stances depicted allow discussion and analysis about the origin of that discourse and the strengthening of the tradition in national literature. It is as well possible to study the patterns of thought that prevailed in mid-19th century and in the beginning of the 20th century as the novel was written.

Keywords: Botero, Juan José; *Lejos del nido*; hegemonic discourse, literary tradition.

* Artículo derivado del proyecto de investigación “Edición crítica de la novela *Lejos del nido* de Juan José Botero”, Universidad de Antioquia, asesorado por el doctor Edwin Carvajal Córdoba.

Introducción

La influencia de fenómenos extraliterarios como el trasfondo histórico, el componente social, las dinámicas y los tipos de interacción colectiva, las condiciones económicas, políticas, culturales, religiosas y ambientales, se puede apreciar en la novela *Lejos del nido* (1924) del escritor antioqueño Juan José Botero, por lo que planteo un ejercicio interpretativo de la novela que permita comprender la posición clasista, racista y moralizadora asumida por el narrador en la obra, a partir de dos elementos complementarios: la obra misma en primer lugar, y el análisis de los fenómenos anotados según se perciba su incidencia en el texto.

El planteamiento crítico me permitirá establecer un diálogo directo entre la intencionalidad implícita del autor y el lector que deberá interpretar el texto de acuerdo con esa intencionalidad, asimismo, a partir de los personajes incorporados en la novela; además del tipo de narrador utilizado en el texto y de la historia misma, se podrá reconstruir el ambiente característico de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia, tiempo en que se inscribe la historia narrada, analizar el panorama social y los diferentes conflictos que se presentaban por aquella época en el país y que tocan incluso algunos acontecimientos posteriores.

El estudio estará enmarcado en la aplicación de dos conceptos fundamentales en los que se inscribe la novela *Lejos del nido* y que sustentarán el desarrollo teórico de la hipótesis planteada: la fijación del discurso hegemónico y la tradición literaria. En este orden, propone Foucault el discurso en su realidad material como “cosa pronunciada o escrita” (1992, p. 11) que de entrada establece una relación de poder, pues como anota más adelante, “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (1992, p. 12). Este concepto se manifiesta en la novela en la forma como el narrador asume las posiciones anotadas, lo que remite hasta la fijación misma del discurso hegemónico instaurado por los conquistadores españoles desde finales del siglo XV y que aún perdura en la literatura hispanoamericana.

De igual manera, retomaré el concepto de tradición literaria según lo expone el investigador Alfredo Laverde como “la persistencia de una noción en términos de lo conservador, lo estático e incluso lo hegemónico” (Laverde Ospina, 2009, p. 8), definición que posteriormente fue complementada y

hasta revaluada, pero que al momento de publicación de la novela (1924) cobraba plena vigencia, por lo que decidí sustentar aquí los planteamientos expuestos. *Lejos del nido* se inscribe, entonces, en una tradición literaria que persiste en ese discurso hegemónico mediante la promoción y reiteración de valores y costumbres, de acuerdo con el análisis que el profesor Laverde hace al concepto de “tradición inventada” expuesto por Eric Hobsbawm, cuyo desarrollo “involucra una serie de prácticas gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica y ritual con el fin de infiltrar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo que implica la continuidad con el pasado” (Laverde Ospina, 2010, p. 58).

El contexto de la novela

Lejos del nido cuenta la vida de Filomena Gómez, quien a escasos años de edad es raptada por los indios Mateo Blandón y Romana Grisales para luego ser llevada hasta su rancho ubicado en inmediaciones de El Retiro, Antioquia. A partir de este acontecimiento se desarrolla el relato que tiene una duración aproximada de 24 años, tiempo durante el cual se narran todos los padecimientos de Filomena bajo la custodia de los indios, la manera como la maltrataban, su venta a un circo de maromeros en Rionegro, el posterior enamoramiento con el joven Luciano Ruiz, el temor que le genera el indio Isidoro Quirama y el padecimiento de su familia que la busca incesantemente.

Esta obra evidencia la cultura e idiosincrasia propias del pueblo antioqueño a finales del siglo XIX, muestra los paisajes propios de algunas regiones del departamento como el Oriente, describiendo claramente el verde de sus bosques, los cultivos, la variedad de flora y fauna silvestres, la baja temperatura característica del altiplano y la constante lluvia que siempre acompaña la región. Además, la novela hace referencia a los acontecimientos más importantes que se dieron en el periodo en que se desarrolla el relato.

La Arcadia Heleno-Católica (1810-1862), definida por Raymond Williams como un periodo “caracterizado por el conflicto y la crisis” (1992, p. 27), se manifiesta en la novela con la presentación reiterada del conflicto político y social que se respiraba en aquella época en el país. La fe cristiana regía el destino y el pensamiento de todos los hombres, incluso en el periodo subsiguiente denominado la Utopía Liberal (1863-1885), y este fenómeno también se percibe de manera reiterada en la obra.

La novela hace referencia a muchos acontecimientos relacionados con la guerra de 1886 entre liberales radicales y liberales independientes, de igual forma, hay alusiones directas a la constitución política formulada en aquel año, mediante la cual se da fin al régimen federal de los Estados Unidos de Colombia y se implanta la Regeneración que instauró a los conservadores en el poder hasta 1930 y cuyo mandato giraba en torno de un Estado fuerte y centralizado, fundamentado en la religión católica como principio de unidad ideológica.

Como se puede observar, el tiempo en el que se inscribe *Lejos del nido* corresponde a un periodo bastante convulsionado en la historia política, social y cultural del país. En los diferentes conflictos que aparecen en la novela y en las historias que se tejen en torno de ellos se exalta siempre el estado de independencia y autonomía nacional, se observa la presencia omnívora de la Iglesia Católica en el comportamiento de los personajes, reflejando el pensamiento y las creencias religiosas del autor, y se perciben marcadas diferencias de clase y de raza, lo que me lleva a desarrollar de manera más amplia los postulados de mi hipótesis.

La posición clasista

En el siglo XIX se presentaba una estrecha relación entre escritura y poder político; tanto en Colombia como en otros países de América y de Europa escribían quienes pertenecían a la clase hegemónica dominante, reflejando en la producción intelectual sus convicciones políticas y religiosas, sus luchas ideológicas y sus intereses particulares que propendían por el mantenimiento del *status quo* imperante, y en consecuencia de sus prebendas y garantías. Esta clase dominante estaba constituida tanto por liberales como por conservadores, partidos cuya principal diferencia radicaba en sus ideas a propósito del tipo de relación que se debía establecer entre Iglesia y Estado.

La polarización de ideales y maneras de concebir la realidad nacional generó múltiples conflictos durante todo este siglo, los cuales terminaron con la vida de miles de colombianos en los campos de batalla. La literatura, incluida la obra de Juan José Botero, fue la encargada de mostrar esa problemática reflejando y ficcionalizando los acontecimientos históricos y los diferentes conflictos que se presentaron en el transcurso de este periodo.

La ideología anotada se percibe en la novela *Lejos del nido* con una marcada posición clasista del narrador, mediante la cual se exalta permanen-

temente la labor y los logros económicos obtenidos por una nueva clase de campesinos emprendedores que con su propia mano y fuerza lograron armar fortuna, consolidar sus haciendas, cultivos y hatos ganaderos, todo lo que refleja la propia condición del autor.

En contraposición con la clase dominante descrita, y configurando a plenitud un cuadro discriminatorio, se muestra en la novela la cultura popular de la época a partir de los personajes Mateo y Romana, la comunidad en la que viven y en la que se inscribe su lenguaje particular, las costumbres, nivel de analfabetismo, prácticas y estilo de vida propios de este sector social. A diferencia de este grupo poblacional, los ricos son sublimados y sus “virtudes” se exaltan y ponen de referente moral para los otros (los indios), quienes deberían emular estos modelos de comportamiento individual y social con todas sus manifestaciones y puestas en escena.

Para comprender mejor este aspecto, veamos algunos ejemplos puntuales que aparecen en la novela. Empecemos por la descripción misma que se hace de Filomena, la protagonista, en un aparte en el que se quiere diferenciar de sus captores: “Porque, ella es blanca, rubia, de ojos azules, y... muy... bonita... mucho... y no puede ser nieta de unos indios. ¡Tiene tanto talento! Porque... la sirvientica revela alto origen... ella no viene de... así poco más o menos” (Botero, 1977, p. 153).¹ La relación es clara y puntual: por ser tan blanca, tan rubia y tan bonita es literalmente imposible que sea nieta de “unos pobres indios que ni talento pueden tener”, ese “alto origen” que revela la muchacha a pesar de desempeñarse en oficios domésticos le confiere un aire y un “don especial” que la diferencia radicalmente de los que dicen ser sus abuelos. La manera particular como está escrito este fragmento, con reiterados puntos suspensivos a lo largo de los escasos renglones que ocupa, dejando espacio a frases inconclusas, con signos de admiración y un final ambiguo y ambivalente (“así poco más o menos”) deja ver la intención soterrada del autor de querer decir más, aunque finalmente no se atreve a hacerlo, de ser más explícito en su descripción y evidenciar de una manera contundente su posición de clase, su apatía declarada en contra de los indios y la benevolencia manifiesta hacia los blancos, quienes siempre reciben mejor consideración por parte del narrador, como se ve desde las páginas iniciales: “Antonio, que así se llamaba el recién llegado, pertenecía a una de las principales familias del pueblo, le adornaban muy buenas prendas personales y era, por esto, estimado

1 En adelante, las citas de la novela se harán con base en esta edición.

de todo el vecindario” (Botero, 1977, p. 19), lo que pone en evidencia la estima social fundamentada en la riqueza o pertenencias que ostenta su propietario.

Veamos ahora una descripción que contrasta con la anterior: “[...] en un paraje llamado El Arenal, donde [los indios] construyeron su vivienda o mejor, la miserable choza que acababan de dar a... Andrea, (será llamarla así), por morada, en cambio de la hermosa y cómoda casa de San Pablo” (Botero, 1977, p. 30). Se confirma aquí la actitud despectiva de clase que se mantiene a lo largo de toda la novela y mediante la cual los más pobres, en este caso los indios, con sus pocas pertenencias y vida campesina, siempre son degradados, mientras que a los otros, hacendados y personajes de la ciudad, se les alaba y engrandece.

La clase alta representa una decidida vocación de poder y es en esa instancia donde se conjuga la actitud racista que implica la necesidad de blanqueamiento para poder acceder a los privilegios de que gozan “los puros”, así su origen sea criollo y por tanto mestizo.

Este planteamiento propio de la colonia trae de la mano otra animada discusión que se daba en la misma época y que establecía de manera perentoria la necesidad de instaurar una nueva civilización sobre un territorio a cuyos habitantes caracterizaba la más profunda barbarie, según la mirada del conquistador, y que se puede leer en obras como *El Carnero* (1638) de Juan Rodríguez Freyle, quien se refería así a los caciques indígenas y a los demás integrantes de esta población, definidos por él como *los discípulos*: “En ser lujuriosos y tener muchas mujeres y cometer tantos incestos, sin reservar hijas y madres, en conclusión bárbaros, sin ley ni conocimiento de Dios, porque solo adoraban al demonio y a éste tenían por maestro, de donde se podía muy claro conocer qué tales serían los discípulos” (Rodríguez Freyle, 1992, p. 17). Persiste la mirada sesgada del español que determina ante la creencia en dioses distintos del suyo la necesidad de instaurar el propio a cualquier precio, a sangre y fuego si fuera necesario, con tal de garantizar la nueva fe, el dogma católico que representaba la civilización y la visión moderna del mundo, acompañado de sus costumbres, idioma, valores y relacionamientos. La presencia diabólica del indio, y por tanto su barbarie, se repite en la literatura de los años posteriores y este connotado discurso llega hasta el siglo XIX, aflorando también en *Lejos del nido* cuando se relata: “así mismo [los indios] colgaban del dintel de la puerta, especie de canastillos de hoja de palmera, (ramo bendito) dizque para que no entrara el diablo; pero, a cuál diablo pensaban atajar, cuando no solo éste en persona vivía adentro, sino

también la diabla?" (Botero, 1977, p. 31). Esa presencia malvada en ambos relatos solo es susceptible de ser combatida entonces con el peso de la espada y el símbolo de la cruz, lo que efectivamente se dio tanto durante la Colonia como a lo largo del siglo XIX.

La discusión barbarie/civilización se plantea con el arribo mismo de las tropas españolas y llega incluso hasta nuestros días permeando distintas épocas en la historia nacional, tal como lo relata Pedro Fermín de Vargas en 1792, según lo cita Manuel José Forero:

Baste saber que en el estado de barbarie en que se hallaba sumergido este continente, toda su población consistía en naciones separadas y poco numerosas, que vivían de la caza, de la pesca, del cultivo del maíz (único grano de que tuvieron conocimiento), y de algunas raíces; y que se hacían cruelmente la guerra, no por extender su comercio o sus riquezas, sino por hacer esclavos y aumentar su caza exclusivamente en aquellos bosques que antes habían sido comunes o neutrales (Forero, 1945, p. 586).

Es claro, entonces, que ante tal situación de atraso, ignorancia, crueldad y desesperanza, la única alternativa posible, y la llamada por tanto a perdurar en el tiempo, sea la instaurada por el conquistador español, bajo los preceptos típicos del régimen colonial y al amparo de la Iglesia, tal como se concibe también en *Lejos del nido*.

En la intención discriminatoria que se percibe en la novela, la presentación de distintos lenguajes dependiendo de la clase social a la que pertenecen los personajes establece también una marcada diferencia entre los unos y los otros; es clara la expresión natural, coloquial, mal hablada e imitativa que se adjudica a los indios, mientras que la otra clase observa un nivel de elaboración más alto en sus diálogos que la sigue poniendo como referente para los primeros. Veamos, a propósito, un ejemplo que da cuenta del lenguaje utilizado en la comunidad indígena, según lo testifica este diálogo ocurrido en el atrio de la iglesia de San Antonio, en el que se nota la simpleza, escasa elaboración y la carga de expresiones populares:

- [...] Vendrán a misa.
- A soperiar, gruñó la madre de Isidoro.
- Pur eso ajualá sespachara esto pruntico, volvió ña Romana.
- Barajo con su confesión, exclamó uno de los matones, dirigiéndose al novio.
- Y es bobón, mano Sidoro, pestas cosas, siguió otro, está en cuclillas pabatise con curas.

- Es medra, saltó un tercero, canteándose la ruana.
- Jué que tuve que hacele unas consultas al padre, de güestras cosas, cuestión de concencias...
- Agora sí, muchachos, dijo Celedonio mirando al interior de la iglesia, se van preparando que ya el curita baja (Botero, 1977, p. 202).

En contraste con la expresión popular característica de estas comunidades, se nos muestra a Luisa Villada, vecina y comadre residente en Los Alticos y de ascendencia también indígena, como un personaje que ha logrado una importante superación personal a partir de su encuentro y relación con las familias blancas, lo que configura una tercera clase emergente caracterizada por lo que podemos nombrar como “mestizaje implícito”:

Y por si se pretende extrañar el lenguaje y maneras de esta mujer, diremos que ella se crió en la casa de una familia notable y allí “con niñas de los blancos”, como ella decía, levantó en íntimo trato, aprendió a leer y escribir, se educó, pues, sacando de dicha casa ese aire de señora que tanto le distinguía, entre las de su clase, y un trato y conversación muy ajenos a los de las gentes del campo y de cierta condición en Antioquia (Botero, 1977, p. 36).

Se puede, según el narrador, llegar a tener clase y distinción a pesar del origen indígena, pero esto solo es posible mediante el trato, relación o formación educativa que se logre a través del contacto con los blancos adinerados, quienes aparecen en la novela como los claros portadores de la buena fe y el conocimiento.

La marcada diferencia de clases entre los blancos ricos y los indios pobres en *Lejos del nido* se puede ver no solo en la cantidad de veces que se expresa esta diferencia de manera tácita en la obra, sino, además, en la contundencia con que se plantea esta posición. Para corroborar esta afirmación presentaré otro fragmento encontrado en la parte final de la novela, donde se nota categóricamente la intención del autor-narrador al comparar las pobres condiciones en que vive Filomena con las de su hermana: “Y Rosa, en la holgura, con todas las comodidades para vivir, sin oficios vulgares, gozando las caricias de padres afectuosos, en ricas habitaciones, durmiendo en blandos colchones, al abrigo de suaves y blancas sábanas, con todas las prendas de vestir imaginables, al alcance de la mano” (Botero, 1977, p. 271). Es claro que los “oficios vulgares” estaban delegados a los sirvientes, mientras que los hacendados se podían dedicar a asuntos menos onerosos, más nobles, como administrar la hacienda o estudiar, y que, obviamente, tenían por derecho propio acceso a todas las

comodidades, lujos y oportunidades que le eran sistemáticamente negados a los otros, los pobres, los indios y por tanto, a quienes vivieran con ellos.

La posición racista

Son muchos los pasajes en *Lejos del nido* donde aparecen expresiones peyorativas sobre los indios; tal es el caso en que Filomena es objeto de negociación entre Mateo y Celedonio Quirama para ser entregada en matrimonio a Isidoro, el hijo de este último, quien defiende ese derecho adquirido valiéndose de garrote, barbera, la afrenta directa o cualquier otro medio que esté a su alcance cuando siente bajo amenaza sus intereses.

En las distintas presentaciones que se hace de estos personajes en la novela, se denigra de su raza, procedencia y organización social, se les describe físicamente como feos, algo deformes, desarreglados, chiquitos, desordenados y sucios; en su personalidad se muestran como pendencieros, borrachos, ventajosos, mentirosos y agresivos; características que los dejan muy mal parados ante el lector ingenuo.

Con estas afirmaciones me atrevo a disentir de lo planteado por el maestro Jorge Alberto Naranjo en su presentación de la sexta edición de *Lejos del nido*, publicada por la Universidad Eafit, donde expone, comparando la casa en la que vive Luisa con la de sus padres indios Mateo y Romana:

Luisa, el ángel guardián de la niña durante los años de su secuestro, vive también en una casita humilde, sin lujo alguno, pero ordenada y limpia, rodeada de bellezas naturales, ella misma convertida en manantial de amor para su madre y sus hijitos; y en su viudez recuerda a su esposo indígena, mano Jurado, como a un hombre íntegro y responsable. Se diría que esto solo basta para disipar la idea de que la novela de Botero está sesgada ideológicamente en contra de los indios, cuestión fácil de inferir con una lectura a la ligera de la obra (Naranjo, 2009, p. 9).

En la novela, Luisa representa un personaje también de raza india pero con características completamente distintas a las de sus padres y vecinos, lo que la distingue entre su gente y le da una identidad particular pues goza de unas virtudes escasas entre los de su raza, hasta en su aspecto físico es diferente a los otros indios, pues a ella se le ve alta y elegante, también es importante anotar, de acuerdo con el relato, que su educación y su clase surgen como producto de haberse criado en una familia de blancos, donde aprendió no solo a leer y escribir, sino que además sacó de allí un trato y una conversación

distintos a los de sus vecinos y un “aire de señora que tanto le distinguía” (Botero, 1977, p. 36), razón por la cual considero que el argumento expuesto por Naranjo no es suficiente para desvirtuar la posición racista anotada.

En contraposición, más bien se muestra a Luisa como el resultado de lo que llamamos antes “mestizaje implícito”, es decir, ella representa en la novela a la raza india mejorada a raíz del contacto con los blancos, la “reconciliación de las razas” (1960, p. 80) en términos de Samper, que conduce a una nueva civilización. “Pero qué civilización? Una civilización *mestiza*, es verdad, sorprendente, difícil en su elaboración, tumultuosa y ruda al comenzar, contradictoria en apariencia, pero destinada a regenerar al mundo, mediante la práctica del principio fundamental del cristianismo: el de la fraternidad!” (Samper, 1960, p. 80). Esa fraternidad que irradia Luisa en cada una de sus actuaciones y que siempre fundamenta en su fe cristiana.

La presencia de Luisa permite entonces otro análisis de la relación entre los blancos y los indios, pero nuevamente cae en un segundo plano ante la constancia y la contundencia de los fragmentos narrativos en que se establece una clara diferencia o antagonismo entre ambas razas. Esta afirmación se puede ilustrar con apartes que se encuentran en los inicios mismos de la novela y se vuelven a presentar a lo largo de toda la obra; miremos, al respecto, la primera descripción que se hace de los indios Mateo y Romana: “A estas llegaron a descansar cerca a la portada, dos indios que parecían marido y mujer; ambos de edad avanzada, de caras patibularias, socarrones como los de su raza” (Botero, 1977, p. 22).

El término socarronería alude, según el DRAE (2001), a una “astucia o disimulo acompañados de burla encubierta”, lo que de entrada hace presuponer una mala intencionalidad en el comportamiento de estos personajes. Esa intención malévolas señalada por el narrador se corrobora con la apariencia perversa de sus rostros y que también define claramente el diccionario como la expresión “que por su repugnante aspecto o aviesa condición produce horror y espanto, como en general los condenados al patíbulo” (DRAE, 2001), es decir, desde la misma presentación de los personajes indios en la novela se les adjudica unas características y un comportamiento malvado, perverso y oscuro.

En esa misma línea se presenta a Mateo en las páginas siguientes, lo que esclarece más la relación que establecerá el narrador con estos personajes a lo largo de la obra y que refleja en últimas el pensamiento y actitud del autor, según se puede percibir también en otros de sus textos publicados, aparte de

la novela: “Contaba Mateo Blandón largos años, si bien es cierto que no lo demostraba; de baja estatura, rechoncho, sin pelo de barba como indio de pura sangre, sus ojos pequeños y torcidos, con vetas coloradas como los de algún venenoso reptil; color cobrizo, estevado y de andar incierto” (Botero, 1977, p. 29). De entrada, se nos muestra a un hombre viejo que a pesar de sus años no los evidencia tanto, primer síntoma del engaño; para la descripción de su corporeidad se utilizan términos claramente despectivos: bajo, rechoncho y lampiño, rasgos que además de emparentarlo con su raza indígena lo asocian también con las características propias de un cerdo doméstico, lo que se conjuga seguidamente con la imagen del peligroso animal relacionado por la apariencia de sus ojos. Remata el narrador con la descripción de su aparente color amarillento y sus piernas cortas y encorvadas, que lo siguen reduciendo a la mínima expresión posible y le determinan una inestabilidad propia en su desplazamiento y un vaivén digno de mofa.

A Romana no le va mejor en su presentación; sus características la convierten en un verdadero esperpento: “Romana Grisales, un poco menor que su cónyuge, delgada, asmática, de frente achatada, brazos y cara descarnados, ojos de viaje, cráneo adentro, para la nuca, voz chillona, india de la cepa como Mateo, el pelo apelmazado y en mechones, lo que le daba el aspecto de bruja” (Botero, 1977, p. 30). Aquí se hace más patente el aspecto enfermizo de los indios, su evidente estado de desnutrición, que mal habla de su posibilidad de mantener una boca más para alimentar; las ojeras propias del mal dormir, que reflejan un estado de permanente fatiga e irritación; un timbre de voz desafinado y atonal, que observa más parentesco con el ruido, y un cabello descuidado, que predice las malas intenciones de su portadora, según lo anota el narrador, quien que remata con otra frase más perentoria aún: “Ambos, Mateo y Romana, sin pizca de educación, de trato grosero y más negras intenciones que un gato” (1977, p. 30), es decir, no solo su apariencia física les da el toque anotado de perversión y malignidad, sino que, además, su propia interrelación les determina los más dañinos propósitos.

Estas expresiones peyorativas se dan también en la descripción de los lugares que habitan y terminan desdibujando la imagen de los indios en la obra, pues a partir de esto son identificados directamente como los antagonistas de la historia, los temerarios y peligrosos indios que son capaces hasta de vender a la niña a un circo de maromeros sin ningún asomo de piedad ni de vergüenza, lo que se complementa con acciones directas en las que participan y que ayudan a configurar el perfil negativo que se les endilga en la obra.

Tanto el perfil de los indios como el de los blancos se mantiene a lo largo de la historia y a partir de allí se les define características inmodificables: unos indios secuestradores, impulsivos y hasta matones; un joven citadino, de buena familia, educado y enamorado; y una mujer joven, bonita, amable, creyente fervorosa y confiada en la protección de su hombre, como se daba en aquel tiempo.

Las descripciones y los comportamientos anotados se pueden encontrar también en otros textos escritos por el autor, como el poema “Historia de un bagaje contada por él mismo” (Botero, 1928, p. 74), lo que da a entender que Juan José Botero asumía esta posición sobre los indios en diferentes contextos, y por tanto, la tenía incorporada en su propia vida, una posición que al parecer era “aceptada” en la época si se considera que en el siglo XIX todavía se daba en el país una marcada tendencia racista, en especial en las clases altas y en contra de la población indígena que en su mayoría se desempeñaba como sirvientes de los blancos, tradición que imperaba desde siglos atrás y que era divulgada y hasta exaltada en los textos literarios que se publicaban en ese momento, lo que convierte estas obras en parte de un discurso hegémónico y una tradición literaria, como se anotó anteriormente. En este postulado se inscribe no solo la novela *Lejos del nido* sino también buena parte de la literatura que se ha producido desde el siglo XVI en Colombia y que llega incluso hasta nuestros días. Aquí podemos mencionar algunos textos y autores representativos en la historia literaria del país de los últimos siglos como Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, Pedro Fermín de Vargas, Tomás Carrasquilla, William Ospina y hasta el escritor peruano y recién Premio Nobel Mario Vargas Llosa, quien se suma al discurso y a la tradición en la esfera latinoamericana, por lo que será importante remitirnos a estos orígenes del proceso discriminatorio con el ánimo de comprender mejor los planteamientos expuestos en la obra de Botero e, incluso, su desarrollo posterior.

Al respecto, veamos lo planteado por De Castellanos en *Las elegías de varones ilustres de Indias*, obra escrita a finales del siglo XVI, en la cual el indio es mirado y tratado como un ser inferior, perezoso, ignorante, bruto, idólatra, poco visionario y fiel consumidor de bebidas embriagantes, visión que se preserva desde el momento inicial de la conquista en la mente y práctica de los recién llegados españoles, y que también aparece en el poema: “Pues aun en el labrar su bastimento/ Eran muy apocados, torpes, flojos,/ Y en ejercicios del entendimiento,/ Ningunos eran más mancos ni cojos (De Castellanos, 1997, p. 44).

Esta misma visión que abre discusiones tan bizantinas en la España conquistadora como si fuera posible dar el rango de seres humanos a los indios, y si por tanto deberían ser tratados como tales, o si era mejor considerarlos como niños indefensos a los que había que guiar por los caminos de la cristiandad, aparece también de manera sistemática en *Lejos del nido* cuando el narrador cuenta que “se ocupaban estos indios en la hechura de sombreros de hoja de palmera y esta reducida industria, unida a los pocos frutos de la huerta y a las exigüas remuneraciones de los pacientes que atrapaba Blandón para recetarles, era lo que les daba el miserable sustento” (Botero, 1977, p. 31). Ambos textos, el de Castellanos en el siglo XVI y el de Botero más de tres centurias después, replican en buena parte de su contenido el ya referenciado paradigma de los indios perezosos, lentos y hasta torpes en su desempeño laboral, lo que no garantiza ni su propia subsistencia, confirmando de paso la permanencia o fijación de este discurso en la literatura nacional desde los inicios mismos de la colonia y revirtiéndolo durante los períodos subsiguientes en el imaginario colectivo de la nación, según sigue apareciendo en distintas publicaciones y según se plantean sus argumentos en diferentes círculos sociales del país, tal como lo referencia Anderson en *Comunidades Imaginadas*, donde alude a Fermín de Vargas:

Considérese, por ejemplo, la siguiente política sobre los bárbaros, formulada por Pedro Fermín de Vargas, liberal colombiano de principios del siglo XIX: “Para expandir nuestra agricultura habría necesidad de hispanizar a nuestros indios. Su ociosidad, estupidez e indiferencia hacia los esfuerzos humanos normales nos llevan a pensar que provienen de una raza degenerada que se deteriora en proporción a la distancia de su origen [...] sería muy conveniente que se extinguieran los indios, mezclándolos con los blancos, declarándolos libres de tributo y otros cargos, y otorgándoles la propiedad privada de la tierra” (Anderson, 1993, p. 32).

Si este era el pensamiento de un liberal de la época en la que se daban con regularidad profundos y acalorados debates ideológicos en torno de conceptos tan efímeros como la libertad, la constitución de una gran nación y de nuevos referentes de participación ciudadana, es de esperarse entonces que la visión de los más conservadores, los que siguen aferrados a la tradición monárquica y arraigados a los principios dogmáticos de la fe cristiana, sea aún más radical; por eso es posible que mientras Fermín esté pensando “blanquear” a los indios para que se puedan insertar en los nuevos procesos productivos que demanda la nación, haya otros, como el fraile capuchino referenciado

por Renán Vega Cantor, que justifiquen el uso del látigo contra ellos “por caridad para que por ese modo se salven” (Vega Cantor, 2002, p. 33). Esta concepción funesta, ejecutada o secundada por muchos clérigos y misioneros españoles en procura del adoctrinamiento en la fe católica, sigue degradando la condición humana de los indios a quienes se lleva a situaciones tan extremas como su propia cacería, según se cuenta también en el texto citado, y llega incluso a ser aplicada como modelo pedagógico por otros clérigos en distintos procesos formativos adelantados con esta población, de acuerdo con lo narrado también en *Lejos del nido*: “[Mateo] aprendió a deletrear de chiripa, habiendo entrado de niño a servir en la casa de un sacerdote, quien a fuerza de coscorrones y de rejo le hizo conocer la lectura, aunque bien titubeadas” (Botero, 1977, p. 30); ahí aparece de nuevo el discurso hegemónico, instaurando en este caso el clásico paradigma de “la letra con sangre entra”, aseveración que fue instaurada como verdad absoluta en la memoria colectiva nacional y que perduró por muchos años.

De nuevo coincide la obra de Botero con el planteamiento expuesto por otros autores en el que los indios son asumidos como ociosos, estúpidos, indiferentes y provenientes de una raza inferior, manifestación que no da cabida a adjetivos más descalificadores para estas personas y que reitera la presencia de una tradición literaria llamada a conservar este legado.

Es notable, además, cómo el propio Bolívar asume también este discurso racista y clasista que se daba de tiempo atrás, según manifiesta en una carta que es referenciada por Arturo Andrés Roig: “En su análisis, Bolívar describe una estructura de la sociedad americana en la que coinciden la estratificación social con la racial, el llamado *régimen de castas* [...]. En pocas palabras, no hay opresión y el discurso paternalista rige la convivencia entre los hombres, haciendo que la relación entre el amo y el siervo no sea odiosa” (Roig, 1981, p. 10). Si bien la intención final era lograr una mejor convivencia y armonía entre los que habitan este territorio, también se hace evidente en el fragmento la diferencia marcada de clases (amos y siervos), diferencia que sigue privilegiando a unos (los blancos) en detrimento de los otros (siervos) que siguen encabezados por los indios, tras de quienes van los negros, todos a su vez pobres y por tanto menesterosos e indignos de cualquier commiseración bajo la mirada del criollo libertario quien, a pesar de su raza mulata y de su pelo crespo, asume tras el discurso la actitud despectiva propia de la nueva clase dirigente nacional.

Ese discurso se repite a lo largo de todo el siglo XIX en Colombia y así mismo va apareciendo en las diferentes manifestaciones que se dan en la vida pública; en la calle, en la cultura y hasta en la esfera política el sentimiento anti-indigenista sigue campeando sin tregua. De manera clara y reiterada los indios siguen apareciendo como los culpables de toda la problemática nacional y, por tanto, su desaparición es un asunto que no debería preocupar a nadie; así se expresa abiertamente en los planes, estrategias y políticas que para ellos se formularon y así mismo aparece de manera directa o sutil en la literatura que se escribía por aquella época en nuestro país, según se puede observar en obras como *Ingermina o la hija de Calamar* de Juan José Nieto, *El alférez real* de Eustaquio Palacios, *Manuela* de Eugenio Díaz Castro, *Lejos del nido* de Juan José Botero y en muchas otras.

Podemos observar, entonces, cómo el discurso que se instaura en la Colonia se va repitiendo en diferentes obras literarias y autores a lo largo de los siglos, llegando incluso a permear a escritores contemporáneos como William Ospina, quien en *El país de la canela* anota mediante su narrador: “A pesar de la cordialidad del encuentro, y de la confianza casi infantil que el indio les mostraba, me pareció que lo estaban tomando prisionero, aunque Orellana siempre afirmó que el pescador había aceptado venir con nosotros. Tal vez lo halagó que los seres mágicos del río, ya que para él no podíamos ser otra cosa, quisieran llevarlo en su palacio flotante” (Ospina, 2008, p. 254). Nada más claro y contundente que este párrafo para ratificar en pleno siglo XXI la presencia absoluta y perenne de este discurso, que al mejor estilo del padre De las Casas en el siglo XVI alaba la ingenuidad y “confianza infantil” de los indios en su encuentro con el conquistador, que excusa de manera fehaciente la mentira visible del español y que, además, promulga una candidez extrema difícil de creer en algún ser humano en cualquier etapa de la historia.

La posición moralista

Para este caso asumiré la moral en su acepción más amplia, en la que por un lado remite al concepto del deber ser social y por otro a la definición típica de la religiosidad, el cristianismo llevado a su máxima expresión tal como se vivía en el siglo XIX en Colombia, cuando la Iglesia marcaba las pautas de comportamiento social y condenaba abiertamente cualquier modelo de conducta que se apartara de los señalamientos ortodoxos fijados por ella.

La conjugación de estos aspectos aparece de manera también reiterada en la obra, tal como se puede observar en este párrafo alusivo: “¡Pobre Andrea!, y ¡pobre Luciano! no sabían que en aquella hora, un tribunal los acababa de juzgar, dictando contra ellos y sus nacientes amores, una sentencia, que se llevaría a efecto, sin remedio, y que no tenía más apelación, que aquella donde se dice que se recurre de las dictadas por algún juez de garito...” (Botero, 1977, p. 161). El tono lastimero, evocador y nostálgico del narrador se repite a lo largo de la historia y le da a esta un aspecto trágico por el desenlace de los acontecimientos, queda la resignación amparada en la fe para que las cosas vuelvan a su cauce normal y triunfe la justicia redentora, situación que acontece al final del relato cuando este sentimiento de pesar se transforma en euforia colectiva al aproximarse el reencuentro de Filomena con su familia y de paso la aceptación de sus padres del compromiso matrimonial con Luciano, actitud que muy seguramente asumirán también los padres de este al enterarse de la buena proveniencia de su prometida; los puntos suspensivos con los que se cierran este párrafo y capítulo vuelven a jugar un papel importante en la narración, pues dejan la puerta abierta al lector para que termine de interpretar el lenguaje subrepticio planteado por el autor.

La obra, en general, está cargada de una presentación melodramática, sentimental y melancólica que llama permanentemente al llanto, la commiseración y la expiación de la culpa por medio de la fe cristiana que habrá de sanar todas las heridas causadas por el hombre; los principios católicos expresados abiertamente en buena parte de los 54 capítulos dan a la novela un toque dogmático que refleja también el pensamiento y las creencias religiosas del autor, quien expresa no solo en *Lejos del nido* sino además en otras de sus publicaciones, como *Poesías y comedias* (2007) y *Autobiografía de Juan J. Botero* (1896), su fervorosa fe cristiana y la adopción sin condiciones de todos sus preceptos. La profunda convicción religiosa se hace más evidente cuando en la novela se observan fragmentos como este en el que se afirma que “algunos han maldecido la hora en que vinieron al mundo, y esto es un insulto a la Divinidad, porque los que maldicen esta hora, maldicen a Dios, por mandato de quien, han hecho este viaje de la vida, y a sus padres que han sido el instrumento del cual EL se ha servido para traerlos aquí” (Botero, 1977, p. 68); la mayúscula sostenida para referirse a Dios también es textual y la contundencia de la afirmación muestra a las claras una posición radical del narrador que no permite ningún tipo de esguince sobre el asunto.

En consonancia con lo anterior, plantea Mijaíl Bajtín: “el novelista tiende siempre hacia lo que todavía no está acabado. Puede aparecer, en el campo de la representación, en distintas actitudes de actor; puede representar los momentos reales de su vida o hacer alusiones a éstos” (Bajtín, 1989, p. 472). Es evidente que aquí el narrador-actor está personificando el pensamiento mismo de Juan José Botero y el resultado de las influencias que recibió en el siglo XIX para la elaboración de su novela, pues si bien se sabe que el autor era un declarado liberal, también se puede apreciar en su obra el aferramiento a las tradiciones, costumbres, creencias y valores instaurados por los conservadores decimonónicos, la Arcadia Heleno-Católica, que ya mencionamos, de Williams:

Hacia 1850 los conservadores habían llegado a creer que el pueblo era incorregible, debido al deterioro de los valores sociales tradicionales; y que quizás, la literatura de la Arcadia, tal como era concebida por Sergio Arboleda y otros escritores, podía inculcar cierto orden en la sociedad. De nuevo, la literatura era considerada vehículo ideológico (Williams, 1992, p. 45).

Desde esta mirada, la literatura representa no solo el reflejo del pensamiento, las costumbres y los conflictos propios de una época, sino que, además, puede ayudar a difundir, perpetuar y dinamizar todos estos fenómenos en el contexto social, puede servir de “vehículo impulsor” para transferir o promover ciertas ideologías y modelos de comportamiento colectivo que resuenen con un sistema imperante y que ayuden a mantener el control social en torno de la diferencia, según lo prescribe la tradición literaria. *Lejos del nido* y Juan José Botero tampoco escapan a ese propósito, pues la obra y en general la producción escrita del autor, muestran claramente esta tendencia en la que se busca el afianzamiento de la moral como aquí se concibe, de las buenas costumbres y de los principios expuestos por la fe católica a lo largo de 400 años de adoctrinamiento en América, muestra además esa tendencia a querer difundir y afianzar el pensamiento racista y de clase que imperaba desde hacía varios siglos en el país; la novela se inscribe de esa manera en un discurso hegemónico que ha persistido a lo largo de los años, un discurso que en palabras de Foucault profetizaba el porvenir, pues “no solo anunciaría lo que iba a pasar, sino que contribuiría a su realización, arrastraba consigo la adhesión de los hombres y se engarzaba así con el destino” (Foucault, 1992, p. 16), un discurso que en últimas predice el futuro en términos del deber ser

social, o moral, y que además se convierte en el pilar fundamental para su propia concreción, un *deber ser* planteado en este caso desde un modelo de conducta intolerante, segregacionista y dogmático.

Conclusión

De acuerdo con lo expuesto, se confirma la hipótesis según la cual la novela *Lejos del nido* de Juan José Botero evidencia una clara posición racista, clasista y moralizadora del narrador que representa la ideología y las creencias del autor, quien en algunos apartes del texto se quita la máscara y aparece de plano en el relato evidenciando su posición personal frente a lo narrado, su inconformidad o malestar con el desarrollo de los acontecimientos ficcionalizados, tal como se percibe en el siguiente párrafo cuando hace alusión al matrimonio que habrá de consumarse entre el indio Isidoro Quirama y Filomena, a pesar del desacuerdo de ella con la situación:

Y aunque sea todo lo repugnante que se quiera; aunque lo aguardemos de otro modo, la lógica de los sucesos allá nos lleva y en obsequio a la verdad histórica, tenemos que narrar los hechos como pasaron, aunque para esto trate de resistir la pluma, que la sentimos bajo la presión de los dedos no ligera y suelta como en otras ocasiones, cuando hablamos de aquel pasado hermoso en “Guacimal”, de aquel naciente amor en Andrea [Filomena], y en medio del concierto de la naturaleza, sino pesada, embotada y esquiva, corre ahora sobre el papel. Resignación pues y sigamos (Botero, 1977, p. 192).

La invitación a resignarse ante la adversidad latente persiste a lo largo de la obra. La aparición en escena del autor se hace en este y en otros pasajes de la novela para expresar claramente lo que piensa, lo que siente y le angustia, lo que opina sobre el desarrollo de los acontecimientos narrados, es decir, para manifestar abiertamente su posición en torno de la historia creada, de la secuencia narrativa utilizada en el relato, del significado y el valor de los personajes que en él intervienen y los efectos sociales que pudieran generar.

La obra se inscribe de esa manera en un discurso hegemónico y una tradición literaria, pues de acuerdo con Foucault, “se pide que el autor rinda cuenta de la unidad del texto que se pone a su nombre; se le pide que revele, o al menos que manifieste ante él, el sentido oculto que lo recorre; se le pide que lo articule, con su vida personal y con sus experiencias vividas, con la historia real que lo vio nacer” (Foucault, 1992, p. 25). Este enunciado corrobora la manera en que la literatura del siglo XIX reflejaba el pensamiento, los valores

establecidos, las costumbres, la fe religiosa, las relaciones de clase social y los conflictos que se desarrollaban en el país, tal como ha pasado antes y sigue ocurriendo ahora; para aquella época y de acuerdo con ese discurso y tradición, este pensamiento y manera particular de percibir la realidad se concebía como normal y razonable, por lo que no se debería realizar una lectura anacrónica del texto ni descontextualizarlo de su realidad histórica, pues carecería de legitimidad actual.

En la novela, aunque algunas veces se pueda percibir la presencia directa del autor, como ya se anotó, son los personajes y el narrador los encargados de sentar esa posición, de ficcionalizar su punto de vista particular en torno de estos temas de clase, raza y moral, de exponerlos en el texto y justificarlos en el relato; es la historia misma la que asume la responsabilidad por el planteamiento que a través de la creación literaria se expone al lector y es, en últimas, este lector el encargado de develar el secreto, de hacer pública la intencionalidad final del creador y someterla al juicio colectivo sin pervertir su valor artístico y su connotación histórica, porque esos valores persisten en la obra a pesar de que hoy se piense diferente; de hecho, y en palabras de Naranjo, son esos elementos éticos y estéticos presentes en la novela gracias a los cuales perduran el valor y la validez de la obra, pues, como él mismo anota, quienes se acerquen a su lectura, “se empaparán de historia, de geografía, de sociología, pero sobre todo recibirán una bella lección de ética y de estética” (Naranjo, 2005, p. 12), y todo lo que allí aparece será un importante insumo para recrear las costumbres, tradiciones, la cultura y las maneras particulares del pensamiento en una época y región, reafirmando de esa manera el valor histórico y artístico de la obra en cualquier momento posterior en que se asuma nuevamente su lectura.

Se establece de esa manera una relación holística entre la realidad, el autor y la ficcionalidad de la obra creada, en la que todos los factores se influyen entre sí conservando su propia autonomía e independencia, una labor creativa en la cual la formación intelectual y el acervo cultural van de la mano con la imaginación.

Bibliografía

1. Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
2. Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.

3. Botero, J. J. (1896). *Autobiografía de Juan J. Botero*. Rionegro: Imprenta de Rionegro.
4. Botero, J. J. (1924). *Lejos del nido*. Medellín: Tipografía Helios.
5. Botero, J. J. (1928). Historia de un bagaje contada por él mismo. En Botero, J. J. *Poesías y comedias*. Bogotá: Editorial Minerva, 68-84.
6. Botero, J. J. (1977). *Lejos del nido*. Medellín: Editorial Bedout.
7. Botero, J. J. (2007). *Poesías y comedias*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
8. De Castellanos, J. (1997). *Elegias de varones ilustres de Indias*. Colombia: Selene Impresores.
9. Forero, M. J. (1945). Un escritor granadino. *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 1(3), 586-590.
10. Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
11. Laverde Ospina, A. (2009). Aproximación a los fundamentos teóricos y metodológicos para una historia de la literatura colombiana. En Laverde Ospina, A. y Vallejo O. (coords.) *Una visión histórica de la literatura colombiana: elementos para una discusión, cuadernos de trabajo I* (pp. 43-72). Medellín: La Carreta Editores.
12. Laverde Ospina, A. (2010). El papel de la crítica literaria en el ordenamiento de las configuraciones del discurso literario (1880-1900). Hacia una historia de la literatura colombiana. En Laverde Ospina, A. y Vallejo O. (coords.) (2010). *Tradiciones y configuraciones discursivas: historia crítica de la literatura colombiana: elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo II* (pp. 55-83). Medellín: La Carreta Editores.
13. Naranjo, J. A. (2005). Un secuestro decimonónico en Antioquia. En Botero, J. J. *Lejos del nido*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 11-12.
14. Naranjo, J. A. (2009). Juan José Botero y su novela. En Botero, J. J. *Lejos del nido*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 5-14.
15. Ospina, W. (2008). *El país de la canela*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
16. Rodríguez Freyle, J. (1992). *El Carnero*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
17. Roig, A. A. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
18. Samper Agudelo, J. M. (1960). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y*

la condición social de las repúblicas colombianas hispanoamericanas: con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

19. Real Academia Española. (2001). Socarrón. En *Diccionario de la lengua española* (22^a ed.). En línea: <http://lema.rae.es/drae/?val=mayoritariamente> [Consultado el 20 de marzo de 2011]
20. Vega Cantor, R. (2002). *Gente muy rebelde: 2. Indígenas, campesinos y protestas agrarias*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
21. Williams, R. L. (1992). *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.